

Imagen y posibilidad: apuntes en torno a los desafíos del relevo político en Cuba

*“Ah, que tú escapes en el instante en el que ya habías alcanzado
tu definición mejor”*

José Lezama Lima, “Enemigo Rumor”

Por LENIER GONZÁLEZ MEDEROS

Agradezco la invitación realizada por la Asociación para el Estudio de la Economía Cubana para participar en este foro dedicado a analizar las dinámicas socio-políticas que están teniendo lugar en la Isla. Resulta reconfortante poder romper la barrera ciberespacial y encontrarme, nuevamente, con colegas y amigos con quienes comparto la pasión por Cuba y la preocupación por su presente y su futuro.

El presente texto pretende condensar un conjunto de reflexiones y preocupaciones personales en torno a los desafíos del relevo político cubano de cara al futuro. Se trata de apreciaciones de un joven cubano que vive en la Isla, educado en los predios espirituales e intelectuales del catolicismo, que asume su presente sin dramatismo desmesurado y siempre con apego a los hechos factuales de la realidad, comprometido -desde hace una década- con un proyecto de comunicación social (la revista *Espacio Laical*) que busca contribuir a exorcizar -mediante el diálogo, el consenso y el acuerdo- una salida traumática hacia ese futuro. Un futuro que, sin comprometer las metas históricas de la nación cubana, debería nacer como fruto de un pacto nacional, y no de la colisión entre fuerzas contrapuestas.

Cuando hablo de “relevo político cubano”, hago referencia a un conjunto de actores cercanos al presidente Raúl Castro, que con toda seguridad serán los encargados de conducir los destinos de la nación cubana una vez desaparecida la generación histórica de la Revolución. Asumo esos “desafíos” no como parcelas independientes e inconexas (dígase la economía, el sistema político, la dinámica migratoria, la política cultural, etc.), pues la actual encrucijada “no es la suma de partes desconectadas –o desconectables-, sino una

madeja interconectada de ellas. No hay solución para una, si no hay solución sistémica”¹.

I- Salidas al futuro

En los últimos años, gracias a la conjunción de algunos factores (ensanchamiento del acceso al ciberespacio y a redes alternativas de circulación de la información, reactivación del debate público luego de la llegada de Raúl Castro al poder, estructuración de “micro esferas públicas” para el debate², etc.) resulta más fácil rastrear en la esfera pública cubana diversos discursos sobre los destinos de la nación. Dichos posicionamientos, provenientes desde dentro y fuera de la Isla, estructuran salidas disímiles hacia el futuro. Esta realidad aparece atravesada por dos ejes transversales: 1) la mediación que comporta la pertenencia a un segmento determinado del espectro político/ ideológico cubano y 2) el posicionamiento ante el gobierno cubano.

Esquemáticamente podríamos focalizar cuatro conjuntos de actores: 1) la poderosa derecha cubanoamericana y grupos opositores dentro de Cuba, que aspiran a una revuelta popular al estilo de la llamada “Primavera Árabe”, que derroque al gobierno cubano, 2) el gobierno que encabeza Raúl Castro, que impulsa una “actualización” del modelo económico sin un abordaje sistémico de la crisis cubana, aunque sin retroceder a las políticas inmovilistas y fallidas del pasado, 3) el sector inmovilista dentro de las estructuras partidarias y estatales en la Isla, que desean el mantenimiento irrestricto del actual *status quo* en el país y juzgan como “traición” la reforma económica raulista y como “muestra de debilidad” los diálogos del Presidente con la jerarquía de

la Iglesia Católica, y 4) el pluriforme y disperso centro político cubano (en la Isla y en la Diáspora), que aspira a una transformación gradual del actual sistema, sin traumas ni hechos de sangre.³

Creo que si algo esperanzador ha ido cuajando lentamente en los últimos 7 u 8 años es una amalgama difusa de actores y proyectos, dentro y fuera de la Isla, que me gusta llamar “los centros cubanos”. Este proceso, caracterizado por el corrimiento de fronteras políticas y simbólicas, ha contribuido, tras procesos a veces muy dolorosos, a volar en pedazos la demarcación entre “lo revolucionario y lo contrarrevolucionario” –en el caso de la Isla- y entre “lo comunista y lo anticomunista” –en el caso de Miami. Se ha tratado de una dinámica donde han contribuido el cambio generacional, los corrimientos geopolíticos y socioculturales de la última década, algunas políticas institucionales emanadas tanto del gobierno cubano como de actores políticos del exilio, etc., que ha llevado a una desintegración lenta, pero sostenida, del paradigma bipolar de la política cubana, obsesionada en tipificar a los actores nacionales en “buenos” y “malos” en función de atribuirles o restarles legitimidad. La prestigiosa socióloga cubana Mayra Espina ha catalogado a este proceso como “el fin de la era de los ángeles y los demonios”.

Quienes tengan sobre sus hombros el desafío de sustituir a Raúl Castro al frente de los destinos de Cuba poseen el imperativo de construirse una legitimidad multidimensional, más allá de los apoyos que podrían tener en los poderes fácticos cubanos, díganse las Fuerzas Armadas, los Órganos de la Seguridad del Estado y del PCC. La implementación de mecanismos electorales, mediante elección directa, serían la vía idónea para ello.

En este proceso de reconfiguración de las fronteras relacionales han participado actores disímiles: miembros de la sociedad civil (oficial, independiente y opositora), académicos de adentro y fuera de la Isla, las comunidades religiosas (con énfasis especial en la Iglesia Católica), algunos sectores del gobierno cubano y de la oposición dentro de la Isla, la nueva izquierda cubana y algunos núcleos de la derecha centrista del exilio.

Una cartografía minuciosa de estos actores y sus posicionamientos ante la problemática nacional nos lleva a encontrar, a veces enmascarados tras enrevesados recursos lingüísticos, otras más claramente, algunos puntos de contacto o lugares comunes. Tal parecería que aspiran a un tránsito pacífico hacia un sistema sociopolítico que garantice la plena soberanía política y económica de la Isla frente a la hegemonía imperial de Estados Unidos, aunque paralelamente juzgan inaplicable una reconstrucción de las relación bilateral con dicho país; un desarrollo económico sustentable bajo la fórmula de una economía mixta con articulación de formas de propiedad estatal, cooperativa, privadas y autogestionarias; un Estado de Bienestar con meseta mínima para las mayorías nacionales y preservación del acceso universal y gratuito a los servicios públicos –conquista capital de la Revolución de 1959-; plena inserción del país (desde lógicas autóctonas) a las redes de la economía mundial capitalista y a la arquitectura institucional interamericana; un Estado democrático que garantice el mandato de las mayorías, con el consecuente respeto y co-participación de las minorías; la institucionalización de movimientos sociales y de la sociedad civil como sujetos activos de la política; y una esfera pública abierta e inclusiva como mecanismo idóneo de deliberación de problemas nacionales.

Se aspira a todo lo anterior mediante un tránsito ordenado y gradual que transforme sustancialmente el actual estado de cosas en la Isla, sin traumas ni hechos de sangre, privilegiando una ruta de diálogo, consenso y acuerdo político. Desgraciadamente, los actores que hoy pugnan por esta solución gradualista y patriótica, más bien poseen posiciones periféricas en los entramados de influencia y aún tienen que trabajar para llegar a ser los sujetos políticos que configuren el futuro cubano.

II- ¿Quiénes son el poder?

El ascenso de Raúl Castro a la más alta magistratura del país trajo consigo una recomposición, sin traumas, de la élite de poder en Cuba. En el corazón del poder político insular siguen estando aquellos que se incorporaron al Primer y Segundo Frente, siendo muy jóvenes, en los años de la lucha guerrillera, y que hoy desempeñan altos cargos en las Fuerzas Armadas y el Ministerio del Interior. Abelardo Colomé Ibarra, Leopoldo Cintra Frías, Ramón Espinosa Martín y Álvaro López

Miera son hombres que, más allá de su “legitimidad de origen,” tienen el mérito de haber conducido exitosamente a las tropas cubanas en las guerras africanas, elemento que le gana el respeto de los oficiales y soldados de las Fuerzas Armadas, institución más sólida del actual sistema cubano. En torno a este pequeño núcleo, en cuyo centro están Fidel y Raúl Castro, es donde ha operado una reestructuración apreciable de nuevas personas en el ejercicio de tareas de gobierno.

Se ha tratado de un proceso donde ha primado el desplazamiento progresivo de personas vinculadas al ex-presidente Fidel Castro y su sustitución por cuadros formados en “la escuela” del Raúl Castro. En la actualidad, el corazón del poder político cubano está atravesado por las lógicas y los valores institucionales aprendidos en las FAR por muchísimas personas dedicadas, en la nueva administración, a tareas de gobierno. Un elemento de peso a tener en cuenta es el significativo número de personas relacionadas franca y estrechamente con Raúl Castro que integran el Consejo de Ministros. Fueron esos cuadros, algunos provenientes de las estructuras de mando y del aparato económico de las FAR, los que sustituyeron a los funcionarios y cuadros más jóvenes asociados al ex presidente Fidel Castro y a la llamada Batallas de Ideas, quienes quedaron completamente fuera de las estructuras de poder. Esta recomposición de la élite de poder cubana, la más drástica operada durante la Revolución, marcará, sin dudas, el futuro de la nación⁴.

Bajo el mandato de Fidel Castro, en la primera etapa de la Revolución, los mecanismos de ascenso y rotación de élites en Cuba tuvieron lugar con personas provenientes del Movimiento 26 de Julio, el Partido Socialista Popular y el Directorio Estudiantil 13 de Marzo. Fidel Castro operaba como elemento armonizador y aglutinador de personas con cosmovisiones políticas quizás diferentes, pero que tenían un denominador común en los objetivos de la justicia social y el nacionalismo revolucionario cubano. Con la institucionalización iniciada en 1976, la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) y el Partido Comunista de Cuba (PCC) se convirtieron en las canteras de selección y ascenso del relevo político. La llegada de Raúl Castro conmocionó este orden de cosas y generó otras lógicas de ascenso y rotación de las élites.

El relevo político de la generación histórica que hizo la Revolución de 1959 vendrá de este entramado de nuevos actores que han emergido tras el relevo de poder en 2006. La cara visible de la sucesión es Miguel Díaz-Canel, sobre quien el gobierno cubano ha enfocado, con mucha fuerza en los últimos tiempos, todo su aparato de legitimación simbólica. El proceso se ha traducido en amplio despliegue mediático de sus actividades de gobierno y giras internacionales; así como entrevistas a medios de prensa, atención a asuntos sensibles relacionados con la esfera ideológica, etc.

Además, para quien siga de cerca el desempeño del aparato estatal, es posible evidenciar que también se trabaja para constituir un equipo eficiente que pueda trabajar colegiadamente con el futuro jefe de Estado y de gobierno.

III- Retos nacionales

Desde la caída del bloque del Este europeo nuestro país afronta un conjunto de desafíos de gran calado, relacionados, en gran medida, con la postergación de un rediseño estratégico del Estado nacional para acoplarlo a los nuevos desafíos del siglo XXI. Sobre esta carencia gravitan, a mi juicio, dos variables fundamentales: el sistemático e institucional acoso externo contra el gobierno cubano por parte de Estados Unidos (mediante el “inmoral, ilegítimo y contraproducente” embargo/bloqueo, al decir del papa Juan Pablo II) y una deficitaria capacidad para comprender las deficiencias del socialismo soviético implementado en Cuba.

Veinte años después del colapso de ese tipo de ordenamiento sociopolítico, aún perviven en la clase política posrevolucionaria métodos y maneras de proceder anclados en aquella realidad, así como la institución del partido único (que se percibe como una “vanguardia” y adosa, mecánicamente, su petrificada identidad marxista-leninista a toda la sociedad y el Estado), una economía poco eficiente (en proceso de transformación, donde emergen nuevas formas de propiedad, pero no acaba de cuajar claramente los roles del plan y del mercado) y una gran estructura ideológica (que monopoliza los aparatos ideológicos del Estado y estandariza sus mensajes con una visión estrecha de Cuba y del mundo).

La economía cubana no ha logrado retomar sostenidamente niveles de crecimiento de décadas precedentes y se encuentra escasamente conectada a redes transnacionales para la creación de cadenas de valor, típicas de la economía globalizada. El país sigue necesitando una ingente inyección de capital extranjero, así como de mayores espacios de libertad para que la ciudadanía se organice bajo fórmulas económicas que posibiliten su prosperidad e inserción en la economía global. Se haría necesario, en el caso cubano, la consolidación de un sector medio de ingresos (clase media), con las implicaciones sociopolíticas que ello traería aparejado.

Resultaría estratégico seguir avanzando en la adecuación de la institucionalidad económica y política cubana para armonizarla con la de la región latinoamericana, única garantía para una efectiva inserción de Cuba en las nuevas dinámicas que vive el hemisferio. A ello habría que agregar la imperiosa, pero complicada, necesidad de reconstruir la relación bilateral con Estados Unidos; así como evitar, a cualquier precio, que grupos dentro del país se articulen a las redes transna-

Una reformulación del consenso político en Cuba sobre las bases del nacionalismo cubano supondría continuar el desmontaje de la arquitectura institucional de corte soviético. Se haría imperioso para ese relevo político reformular el papel de “vanguardia” del Partido Comunista de Cuba, para que deje de ser una mega-estructura burocrática y se convierta en una fuerza política moderna, capaz de reconocer la legitimidad de otras fuerzas sociopolíticas y de dialogar con ellas...

cionales del crimen organizado, que poseen importantes centros neurálgicos en Centroamérica.

Cuba posee una baja tasa de natalidad y una dinámica creciente de salida de jóvenes del país. Cuenta con una sociedad civil sumamente diversa y activa (oficial, independiente y opositora), en la que van cobrando consistencia movimientos que defienden agendas relacionadas con temas religiosos, ambientales, raciales, migratorios, de orientación sexual, de género y políticos, además de otros que pudieran estar articulándose. Habría que agregar el carácter transnacional de esa sociedad⁵, y el imperativo estratégico de articular a la comunidad emigrada a la vida económica, cultural, social y política del país.

V- Nudos gordianos del relevo político en Cuba (a modo de pinceladas)

En medio de este contexto, ¿qué ha hecho Raúl Castro para consolidar el escenario sociopolítico adecuado para la sucesión? En primer lugar, ha utilizado toda la autoridad que su figura posee para convencer a

la élite cubana que la transformación del modelo es un asunto de vida o muerte, pues la crisis estructural del actual ordenamiento impide el ejercicio de la hegemonía a ese mismo grupo de cubanos. Bajo la fórmula de “un socialismo próspero y sustentable”, inició la transformación de la economía cubana abriendo espacios para formas de propiedad privadas y cooperativas, con mayor espacio al mercado. Acometió los cambios necesarios para hacer más funcional el Estado, legando a sus sucesores un gobierno cohesionado mediante un Consejo de Ministros operativo y con control real y eficiente de los procesos que ocurren en el país.

Uno de sus mayores legados es la constitución de la Contraloría General de la República, importante estructura anti-corrupción que será clave en el futuro. En el ámbito jurídico, con poca claridad, se ha mencionado públicamente la necesidad de una reforma constitucional y parece que el Parlamento Nacional regresará a su antigua sede, con el consiguiente rediseño de su organización y funcionamiento. Además, el traspaso de poder a manos de Raúl Castro implicó para el país el inicio de una era de realismo y pragmatismo positivos, vinculados a hechos tan sencillos como saber cuánto dinero se tiene en las arcas del Estado y cuánto se puede gastar, hasta reconocer públicamente que la ineficiencia interna -y no el bloqueo/embargo norteamericano- es la causa fundamental de la agobiante vida material de los cubanos de la Isla. A ello habría que sumar la implementación tardía de una serie de medias impostergables (venta de casas, autos, tenencia de celulares, etc.), una Ley migratoria que, insuficiencias aparte, da respuesta a los desafíos que implican el carácter transnacional de nuestra sociedad, y la consolidación de cierto debate interno sobre temas nacionales.

Este es el conjunto de “condiciones” que lega Raúl Castro a sus sucesores, donde se gana en estabilidad en algunas áreas estratégicas, pero se postergan otras de vital importancia. El capital político de Raúl Castro y la autoridad que ejerce su figura sobre el entramado de poder cubano, hubiesen sido capitales para construir salidas más profundas hacia el futuro.

Quedan pendientes, a mi juicio, dos grandes desafíos interconectados, que ya tendrán que ser asumidos por el relevo político de Raúl Castro. El primero de ellos está relacionado con la reformulación del consenso político interno en torno a los postulados del nacionalismo cubano, y el segundo con la adopción de un conjunto de mecanismos que les permita legitimar a los miembros de ese relevo político para colocarlos en condiciones de conducir el proceso y ganarse un lugar en el futuro de Cuba.

El sociólogo cubano Juan Valdés Paz esboza el tránsito desde el actual sistema unipartidista de corte soviético hacia una nueva arquitectura institucional a tono con un renovado consenso nacional en torno al nacionalismo cubano de la siguiente manera: “Esa

refundación nacional (...) tendrá como núcleo duro el nacionalismo radical cubano; este garantizará la continuidad. (...) Esta será una nueva oportunidad para sumar a todas las fuerzas –nuevas y tradicionales- a la construcción de la nación... En esta perspectiva, todas las fuerzas y corrientes de pensamiento podrían coincidir en la meta de una plena independencia, con excepción de las corrientes anexionistas y neocolonialistas; todas podrían coincidir en una república democrática radical, con excepción de las corrientes autoritarias, de izquierda o de derecha; todas coincidirían en el tema del desarrollo socioeconómico sustentable y eventualmente se dividirían acerca de la opción capitalista (socialdemócrata, social liberal) o no capitalista (comunistas, libertarios, anarcosindicalistas, cristianos de base, etc.) para lograrlo; todas coincidirían en el tema de la equidad y discreparían sobre el patrón de desigualdad permisible. Y por supuesto, todas tendrían que debatir las opciones políticas, tácticas y estratégicas, más adecuadas a dichos fines, en un espacio público suficientemente representativo y participativo⁶.

Una reformulación del consenso político en Cuba sobre las bases del nacionalismo cubano supondría continuar el desmontaje de la arquitectura institucional de corte soviético. Se haría imperioso para ese relevo político reformular el papel de “vanguardia” del Partido Comunista de Cuba, para que deje de ser una megaestructura burocrática y se convierta en una fuerza política moderna, capaz de reconocer la legitimidad de otras fuerzas sociopolíticas y de dialogar con ellas y con grupos de la sociedad en la que se encuentra inmerso, para que sepa dar respuestas que estén a la altura de los nuevos tiempos. Sin una fuerza política organizada y con conocimiento pleno de las dinámicas sociales que tienen lugar en Cuba, será muy difícil conducir ese proceso. El PCC es una realidad viva y dinámica en sus bases, pero las bases partidistas no determinan su modo de funcionamiento y proyecciones. El PCC tiene el desafío de reinventarse, pues el sistema de ideas marxista-leninistas que rige su concepción institucional ha quedado significativamente desconectado de las identidades sociales y políticas de las nuevas generaciones de cubanos, dentro y fuera de la Isla.

El relevo político cubano tiene el desafío de desartar dinámicas despolarizadoras, que permitan buscar sinergias y negociaciones con grupos de cubanos de ideologías disímiles -dentro y fuera de la Isla- pero comprometidos con las metas históricas de la nación cubana. Desde este ángulo, sería factible la creación de espacios para un ejercicio político diverso pero leal, comprometido con las transformaciones estructurales que Cuba necesita, pero desvinculado de posturas revanchistas y restauracionistas, adversario de los andamiajes de la Ley Helms Burton y del embargo/bloqueo, por ser estos mecanismos ilegítimos, inmorales y lesivos a los intereses de la nación cubana. Además, re-

sulta imprescindible la existencia de una esfera pública donde puedan concurrir los actores sociales y políticos de la nación, así como poner a todos los aparatos del Estado en función de articular un frente simbólico que facilite este camino.

Quienes tengan sobre sus hombros el desafío de sustituir a Raúl Castro al frente de los destinos de Cuba poseen el imperativo de construirse una legitimidad multidimensional, más allá de los apoyos que podrían tener en los poderes fácticos cubanos, díganse las Fuerzas Armadas, los Órganos de la Seguridad del Estado y del PCC. La implementación de mecanismos electorales, mediante elección directa, sería la vía idónea para ello.

Epílogo

En un lúcido texto del año 2010, el ensayista y pensador cubano Julio César Guanche afirmaba que Cuba poseía el privilegio de haber vivido casi todas las variantes políticas del siglo XX: liberalismo oligárquico, dictaduras, reformismo socialdemócrata, esbozo de Estado de Bienestar, nacionalismo revolucionario, comunismo pro-soviético, vía independiente no capitalista de desarrollo. Guanche afirma lo anterior para recalcar dos hechos capitales: 1) los cubanos y cubanas tenemos ante nosotros un futuro abierto para refundar la base de nuestro contrato social, y 2) para ello contamos con experiencias sociopolíticas concretas que deberían servirnos para no repetir los errores del pasado. Quienes sucedan en el poder a la generación histórica de la Revolución cubana deberán acometer el doble desafío de readecuar el Estado nacional estratégicamente a los retos del siglo XXI y hacerlo con un refinamiento político tal que se eviten escenarios desgarradores y contraproducentes a los intereses de los cubanos patriotas.

Notas y referencias:

- 1- Dilla Alfonso, Haroldo. “El pensamiento binario que nos esteriliza”. En *Espacio Laical*, año 9, número 1, La Habana, 2013. Pág., 132.
- 2- Las conceptualizaciones sobre las “micro esferas públicas en el contexto cubano” pertenecen al politólogo Armando Chaguaceda.
- 3- Algunos elementos de esta clasificación pertenecen al politólogo Arturo López-Levy.
- 4- González Mederos, Lenier. “Las Fuerzas Armadas y el futuro de Cuba”. En *Espacio Laical*, año 9, número 1, La Habana, 2013. Pág., 69.
- 5- La conceptualización de “sociedad trasnacional” pertenece al sociólogo Haroldo Dilla Alfonso.
- 6- Valdés Paz, Juan. “Pasado, presente y futuro de la Revolución cubana”. Dossier en *Espacio Laical*, año 8, número 3, La Habana, 2012. Pág., 55.

El presente texto fue leído en el evento auspiciado por la Asociación de Estudios de la Economía Cubana (ASCE) y publicado en la sección *Desde la Isla*, del *Cuba Study Group*.